

La universidad actual, o, mejor, las instituciones de educación superior extendidas a lo largo y ancho del planeta, difunden, tal y como se desprende de un reciente informe de Aneca (2009) "una nueva imagen de la geopolítica internacional del conocimiento y de los recursos humanos que lo encarnan, que se integra sin dificultad en el nuevo discurso de la educación". En este escenario, el término *competencia* se ha convertido en el centro neurálgico que rige parámetros de calidad y evaluación a partir de la cual se erige la arquitectura pergeñada del Espacio Europeo de Educación Superior, poniendo un ejemplo relativo a un organismo supranacional que ha apostado firmemente por él como es la Unión Europea. Tampoco hay que olvidar cómo el interés sobre la formación superior se ha ido ligando en el marco mundial a la idea de *empleabilidad*, vinculada de manera cada vez más patente a la de *emprendurismo*, con la intención de responder a las necesidades del mercado y a través de una economía basada en el conocimiento. Se entrevé en esta aspiración, en definitiva, la firme intención de acercar la formación universitaria a las necesidades del mercado y por ello, se sigue privilegiando el *capital humano* como motor del crecimiento económico, convirtiendo a las competencias en la grasa que permite articular y mover a un engranaje así diseñado.

Desde la certeza de que éste es el horizonte más ortodoxo bajo el cual la universidad, por otro lado, ha de redefinirse y renovarse continuamente, trabajos como el que presento ahora vienen a reforzar otro discurso divergente, ya muy fortalecido desde que se iniciara a principios de los noventa, desde la academia experimentada, que refrenda aquello de que "otra universidad es posible" ... Y necesaria, añadiría yo. Publicada en la prestigiosa editorial Routledge, las profesoras Boni y Walker, ambas con una dilatada experiencia en la temática que ocupa el libro, avalada por publicaciones e investigaciones con impacto internacional, revisan el posibilismo teórico y práctico que arroja el discurso *transitológico*, en palabras de Cowen, que lee e interpreta a una universidad desde la teoría de las capacidades y desde el enfoque del desarrollo humano, principalmente, y sostenible. *Transitologías* porque se halla en estos momentos en plena efervescencia, aprovechando la actual coyuntura que legitima la crisis del modelo preponderante, y porque hemos de mostrarnos atentos y atentas a cómo se va produciendo y provocando su proceso de avance y fortalecimiento, avalado por proyectos de investigación y trabajos de tesis doctorales que lo enriquecen cuantitativa y cualitativamente a lo largo y ancho del planeta.

Si tuviéramos que preguntarnos "por qué interesa un nuevo imaginario social de la universidad", en efecto, hemos de retrotraernos necesariamente a Sen y a su propuesta de modelo de capacidades, quien en su obra "Desarrollo y Libertad" establece un modelo flexible, abierto, inacabado, de carácter global y universalista de entender y priorizar las capacidades humanas, con la peculiaridad de que precisa del proceso democrático y participativo para ser desarrollado, lo que lo convierte en adaptable a distintos ámbitos y desde distintas visiones o perspectivas (como, en este caso, la educativa, que constituye mi centro y foco de interés académico y de investigación). Esta visión sitúa, de un modo u otro, en un papel decididamente protagonista a la educación, y a la educación superior en particular, que constituye el eje vertebrador del libro que ahora se analiza. Ésta, la educación, se erige, así, en *conditio sine qua non* a fin de situar en el centro del desarrollo al individuo capacitado para promover la vida que desea. De ahí que el texto no prescindiera tampoco de las ideas de Nussbaum (2010), quien también lee ese desarrollo humano desde la educación, apoyándose en la evidencia de las diferencias individuales que requieren de la adecuación de las estrategias educativas, desde su propuesta de las diez capacidades humanas funcionales para una vida plenamente humana. Pero, además, comparto la idea de Cejudo (2006) de que "el enfoque de las capacidades también merece ser explorado desde su aplicación a los problemas educativos de las sociedades avanzadas", que evidencia igualmente el libro objeto de análisis en estas líneas. Como él mismo se interroga: "¿Cómo podemos los educadores valorar la libertad humana, y la calidad de vida de las personas educadas, en relación con la formación académica que han recibido? La respuesta es: a través de las capacidades obtenidas mediante la educación".

Si con esta introducción no basta al/a la lector/a para ofrecer un argumentario con suficiente enjundia como para animarlo a leer el discurso que permea los contenidos de "*Human Development and Capabilities*", indaguemos a continuación en la estructura del libro, dividida en tres apartados, diferenciados y con una conexión evidente, dado que se retroalimentan y significan mutuamente.

En la introducción de las editoras se justifica y contextualiza la necesidad de profundizar en este discurso alternativo desde el desarrollo humano y, por ende, el modelo de capacidades, que otorga legitimidad a la institución universitaria para enseñar y aprender desde otros parámetros a los puramente económicos, aunque como ellas mismas reconocen "no queremos simplificar el complejo debate de lo que debería ser el rol de la universidad". Lo que sí que consiguen, a mi juicio, y ya desde el principio, es ofrecernos razones para leer desde estas nuevas lentes

conceptuales y metodológicas basadas en ambos modelos, el de desarrollo humano y el de capacidades, que posibilitan, entre otros aspectos, renovadas lecturas sobre la justicia social, la ciudadanía democrática y cosmopolita y los diseños del currículum, por poner algunos ejemplos ya trabajados, pero siempre abiertos a nuevas miras. En efecto, como indican: "Las capacidades implican un largo margen de beneficios desde la educación, que incluyen el fortalecimiento, bienestar y libertad de los individuos, mejorando con ello su producción económica e influyendo en el cambio social" (p. 5).

Entrando ya en cada una de las partes, la primera se inicia con un necesario abordaje conceptual que ayude a refrendar cuantos elementos concurren en estos modelos alternativos. En ese sentido, el capítulo de Walker y Boni se nos hace partícipes de los debates más candentes que afectan a la educación superior actual, introduciéndonos especialmente en el modelo del bien común y las teorías que en torno a la justicia social y la equidad se conceptualizan en torno a la primera, y cómo este modelo cristaliza (o debiera hacerlo) tanto en los modelos de enseñanza como en la configuración del currículum. Por su parte, McLean, Abbas y Ashwin centran su argumentación en cómo el modelo de desarrollo humano se interconecta con otro constructo de tanta carga teórica y política como es el de los derechos humanos, fundamentándolo desde la teoría de la distribución equitativa de conocimiento de Bernstein. Unterhalter, por su parte, problematiza la inequidad en el entorno universitario desde la perspectiva de cómo ésta afecta al desarrollo de capacidades, en la línea de "cómo las instituciones de educación superior desiguales pueden contribuir a limitar la oportunidad de vivir vidas con dignidad por parte de los más pobres" (p. 47). Finalmente, dentro de este apartado conceptual, Gasper ahonda en el papel del binomio educación y capacidades y el margen de maniobra que posee dentro del modelo de desarrollo sostenible, sus retos y posibilidades, bajo el proyecto de "la gran transición global (de la Iniciativa de la Gran Transición-GTI), incidiendo en la importancia del humanismo y del cultivo de determinados valores para con la tierra.

La segunda parte hace referencia a las implicaciones políticas que pueden contemplarse desde el momento en que se toma la decisión de leer la universidad desde este enclave conceptual. En efecto, de lo que se trataría es de responder a la clásica pregunta que plantea Sen (1979): "*¿Igualdad de qué?*" y ha sido citada en muchos de los textos analizados por el punto de inflexión que representa a la hora de abrir el debate hacia un modelo centrado en las capacidades. En este sentido, la perspectiva de las capacidades humanas desarrolladas por Amartya Sen abarca tanto la parte estructural como la parte de la agencia humana para explicar la desigualdad y nos conduce a ampliar la visión sobre la forma en que la educación y la desigualdad se relacionan de manera inextricable.

En esta línea, Bozalek por su parte relaciona los atributos que poseen las personas que se gradúan con el vector de la equidad, ofreciendo un análisis certero a partir de una investigación realizada con estudiantes de Trabajo Social de la universidad en la que trabaja. La aportación de Hinchliffe analiza las posibilidades de leer la teoría de capacidades desde la empleabilidad (la capacidad para tener voz, para deliberar), siendo éste un factor de gran actualidad sobre el que la política universitaria mantiene un interés activo. Sin abandonar esa perspectiva de la desigualdad a la que me he referido, Wang analiza el constructo de exclusión social existente en su país, China, desde las políticas de privación activa y de exclusión pasiva, que arroja implicaciones más que sugerentes desde la política de la evaluación de las mismas. Para cerrar este apartado, Lozano y Boni hacen referencia a otro concepto de gran impacto en el escenario universitario actual, la responsabilidad social corporativa y responsabilidad social de las universidades, ofreciendo con ello el estado de la cuestión y redefiniéndolo a la luz del marco que arroja el modelo de desarrollo humano y sostenible, al reconocer cual sería el impacto de una universidad socialmente responsable desde el punto de vista educativo, cognitivo, organizacional y social.

La tercera parte ejemplifica las teorías con realidades y estudios concretos que operativizan tanto la fundamentación teórica como los lineamientos políticos, demostrando cómo, en definitiva, es posible plantear investigaciones y acciones desde este marco y parámetro de pensamiento y acción. Es el caso de la defensa de la educación de Spreafico desde el modelo de capacidades aplicándolo a una institución específica y a su manera de enseñar: un *college* de Artes liberales de mujeres. En esa misma línea, Deprez y Wood sugieren algunas implicaciones curriculares y organizativas de la teoría de capacidades a partir de su experiencia docente en Estados Unidos diseñando para ello una tabla con compromisos concretos a partir de elementos procedentes esta teoría. Landorf y Doscher hacen lo propio para leer la ciudadanía global desde estos parámetros, ofreciendo claves en política educativa universitaria que tienen que ver esta vez con el consenso de un comité de desarrollo generado en la universidad Internacional de Florida (FIU) para diseñar un modelo de estas características y con este fin. Estudios sobre la identidad global (universidad de Irlanda) por parte de Crosbie; sobre la agencia, participación y pensamiento crítico en el Master de Políticas y procesos de Desarrollo de la Universidad Politécnica de Valencia (España) por parte

de Peris, Belda y Cuesta; de la internacionalización de la educación en los estudios de desarrollo internacional de Europa por parte de George y del compromiso social en los Centros de Aprendizaje para la Comunidad en Méjico de Sow completan y enriquecen esta perspectiva más práctica.

En suma, y por todas las razones aquí esgrimidas, el libro se torna en una herramienta de sustancial interés para todas las personas que se ocupan y, más allá, se preocupan en trabajar por, en este caso, un modelo educativo y pedagógico alternativo a la política y práctica universitaria actual, ya desde la investigación, ya desde la acción.

Recensión realizada por **María Jesús Martínez Usaralde**. Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, Universidad de Valencia.